

alto de los cuales debía estar, según los mapas, la aldea de Solferino; pero cesó su inquietud con los informes que les dieron todas las gentes de la comarca, que aseguraban que si bien los austriacos habían ocupado con numerosas fuerzas Solferino, Cavriana y Volta, después habían retrocedido y repasado el Mincio, encontrándose entonces seguramente en la orilla izquierda del río.

Bajo estas impresiones de seguridad comenzó la jornada del 23. A las nueve de la mañana, el aeronauta Godard, que había sido llamado por el cuartel general, elevóse en globo á una altura bastante considerable, y después de haber observado atentamente, según dijo, la comarca, afirmó que sólo había visto tres jinetes cerca de Pozzologo (1); pero, por la tarde, la situación varió, pues los centinelas puestos delante de Castiglione, los destacamentos enviados como exploradores y hasta los aldeanos, anunciaron la reaparición de cuerpos austriacos bastante importantes. En medio de todas estas conjeturas, nuestro Estado mayor, en vez de tomar los informes al pie de la letra, los interpretó: ¿á qué conducía que los austriacos hubiesen repasado el Mincio, si habían de volver á pasarlo dos días después? ¿Cabía admitir que el enemigo avanzara para disputar un terreno que dos días antes había abandonado voluntariamente? Esta idea preconcebida y por otra parte muy natural se sobrepuso á todas las apreciaciones. «Es de presumir, escribía por la noche uno de los jefes de cuerpo, que el enemigo, que tiene gran interés en saber á qué punto del Mincio vamos á dirigirnos, ha querido acercarse sus avanzadas para observarnos mejor; y al acercarnos se ha visto obligado á reforzarlas, siendo esta probablemente la causa de todos los movimientos observados por los centinelas ó señalados por los reconocimientos practicados durante el día (2).» Sólo Baraguey de Hilliers se alarmó, y persuadido de que Solferino se hallaba ocupado por los austriacos, recomendó al general Ladmiraull que fuese prudente, que en la marcha del siguiente día combinara sus movimientos con los de Forey, y que, en caso de ser necesario el ataque, no lo precipitara.

Aparte de esta orden previsorá del comandante del primer cuerpo, la jornada del 23 terminó sin que ninguna preocupación inusitada revelase la inminencia de una batalla. Iba cerrando la noche y poco á poco disminuían los ruidos de nuestros vivaques, en donde los soldados, ya medio vencidos por el sueño, hablaban de sus aldeas, en donde á aquella misma hora se encendían las alegres fogatas de San Juan. Todos esperaban una acción general, pero no para el día siguiente, y en medio del rudo trabajo de la guerra no querían perder ni un momento del precioso descanso que la obscuridad nocturna les aseguraba; así es que muy pronto reinó universal silencio sólo interrumpido por las pisadas de los centinelas que pasaban y repasaban por delante del campamento. Sin embargo, al través de las sombras casi lúcidas de aquella clara noche de junio, habrían podido adivinarse, distinguirse casi, otros vivaques, los de los austriacos, que también se entregaban al sueño. Durante toda la noche reinó la misma calma, como si

(1) Barón de Bazancourt, *Guerre d'Italie*, tomo II, pág. 124.
(2) *Archivos del ministerio de la Guerra*.

la naturaleza se hubiese propuesto prolongar la ilusión de la paz; y al fin el cielo, iluminándose con sus primeros albores, anunció el nuevo día que para muchos había de ser el último de su existencia.

VIII

Cuando, viniendo de Milán (3) por la carretera de Brescia, se ha pasado el Chiesa, se ofrecen á la vista dos regiones muy diferentes, según se mira hacia el Sudeste ó hacia el Este. Al Sudeste, es la continuación de la llanura lombarda, algo menos rica sin embargo, menos bien regada, árida á trechos, y con algunos pedregales que anuncian la proximidad de la montaña. Esta comarca, llana y uniforme, no ofrece más relieve que una pequeña colina, llamada Monte Medolano, tan poco elevado que no se notaría si no se señalasen los mapas. El país se halla cruzado por numerosos caminos, el principal de los cuales es la carretera que, partiendo de Brescia y pasando por Castiglione, se dirige hacia Mantua. De entre campos de morales surgen varios campanarios que marcan el emplazamiento de pueblos y aldeas: allí están la villa de Medole, la aldea de Rebecco, un poco más allá Guidizzolo y por último Ceresara, enteramente al Sur. En el horizonte, á gran distancia, algunas ondulaciones muy ligeras ocultan el curso del Mincio. Tal es la llanura.

Muy diferente es el espectáculo si, después de haber pasado el Chiesa, marchamos en derechura hacia el Este. Se tropieza entonces, por la parte de Lonato, Esenta y Castiglione, con una serie de colinas que á primera vista parecen aisladas y no dejan más que una imagen confusa. Examinándolas de cerca se ve que se desarrollan en una especie de semicírculo y forman como el cerco meridional del lago de Guardia. Cerca del lago se extienden en suave pendiente con deliciosas perspectivas entre colinas que permiten divisar, en la ribera, los pueblos de Desenzano y Rivoltella, la península de Sermione y, más allá, la inmensa sábana de agua que se alarga hacia el Norte: una de aquellas vertientes, la de *San Martino*, estaba llamada á una fama próxima. A medida que uno se eleva sobre el lago, el relieve de las alturas se acusa más; una de ellas se halla coronada por una capilla llamada la *Madonna della Scoperta*; más al Este aparece la villa de Pozzologo. Detrás se desarrolla la cordillera más considerable. Esta se compone de una serie de colinas que, á partir de Castiglione, sostienen en sus faldas varias aldeas, como Le Fontane y Le Grole, sufren luego una ligera depresión para formar en seguida dos promontorios, el uno plantado de cipreses y el otro coronado por un cementerio, una iglesia y un viejo castillo: entre ambos promontorios se alza la cumbre principal que domina una torre, verdadero observatorio de toda la comarca y llamada por esta razón la *Spia d'Italia*. En torno y al pie de estas vertientes se agrupa el pueblo de Solferino. Más allá de Solferino, el suelo baja otra vez para volver á formar varias eminencias, en una de las cuales se halla asentado el pueblo de Cavriana: las alturas se prolongan hacia el Volta y, por último, acaban en planicie cerca de las riberas del Mincio.

(3) Véase el mapa intercalado en la pág. 320.

Hacia tiempo que los austriacos conocían aquellas posiciones y las habían estudiado como se estudia un campo de maniobras. Sabían cuán propio era para la defensa aquel terreno accidentado y cuán crítica sería la suerte del enemigo, empujado en caso de derrota hacia el Chiesa ó hacia el lago. Su primera idea había sido aprovecharse de aquellas ventajas. Cuando una nueva decisión del cuartel general les hubo conducido otra vez al otro lado del Mincio, empezaron á echar de menos lo que habían abandonado, tanto que se les ocurrió un segundo cambio y volvieron á seguir el plan primitivo. Por esto, en 23 de junio, el enemigo había pasado nuevamente el Mincio, llegando al anochecer á Pozzologo, Solferino, Cavriana y Guidizzolo. Apoyaba su extrema derecha en las vertientes de las orillas del lago y se extendía por la derecha hasta Medole. ¿Cómo tan gran movimiento pudo escapar á nuestra vigilancia? El terreno, cubierto de árboles en el llano y lleno de barrancos en la montaña, favoreció á los austriacos. Su marcha no les acercó á nosotros hasta muy avanzado el día, de modo que nuestras patrullas no señalaron de pronto más que vanguardias. Al llegar los informes, se tuvieron por inexactos ó exagerados. ¿Era posible que el enemigo, después de haber pasado el Mincio, retrocediese á la orilla abandonada? No era posible creer en tan súbitas variaciones.

En esta campaña las faltas se compensaron casi siempre. Nuestros adversarios no estaban mejor informados que nosotros. Durante aquella noche del 23 al 24 de junio, aliados y austriacos acamparon á dos leguas escasas unos de otros, con una tranquilidad que confundió. La orden de marcha del 24 había de determinar fatalmente la batalla, sin que nadie la esperase. Abandonando á cosa de las nueve sus vivaques, los austriacos habían de llegar á Lonato y Castiglione y coronar sus alturas. El itinerario de los aliados era el siguiente: á la derecha Niel con el cuarto cuerpo avanzaría de Carpenedolo hacia Guidizzolo por Medole; Mac Mahón con el segundo cuerpo se dirigiría de Castiglione hacia Cavriana; en el centro Baraguey de Hilliers, siguiendo las colinas, subiría de Esenta hacia Solferino; á nuestra izquierda los sárdos, cerca del lago, tendrían por objetivo Pozzologo. La guardia, dejada de reserva en Montechiaro, ganaría Castiglione, mientras el tercer cuerpo, que se hallaba aún en la otra ribera del Chiesa, pasaría el río y, protegiendo nuestra extrema derecha, se encaminaría hacia Medole (1). Como se ve, entre los austriacos que iban á la defensa de las alturas y los aliados que se disponían á ir en busca del enemigo al otro lado del Mincio, el encuentro, aunque no previsto para aquel día, era inevitable, tan inevitable como el choque de dos trenes lanzados en sentido inverso por una misma vía.

Al amanecer, Niel partió de Carpenedolo, dejando atrás, pero mucho más allá del Chiesa, á Canrobert, quien al mismo tiempo levantaba sus tiendas. Siguió durante cinco ó seis kilómetros la carretera de Medole. La división Luzy marchaba á la cabeza, precedida de dos escuadrones de cazadores. Aunque el terreno era llano, estorbaban la vista los morales y los árboles que rodeaban los campos de trigo ó de maíz. Bajo la impre-

(1) *Campagne de Napoléon III en Italie*, redactada en el depósito de la guerra, págs. 384-386. — Véase el mapa intercalado en la pág. 320.

sión de las ideas que dominaban en el cuartel general, Luzy no creía en la batalla. En el camino interrogaron á varios campesinos: unos contestaron que los austriacos habían vuelto á presentarse y otros anunciaron que el país estaba libre. Ya se veía á unos quinientos metros el campanario de Medole cuando nuestra caballería topó, cerca de una granja, con un pelotón de lanceros enemigos. Los nuestros cargaron, pero luego fueron detenidos por una tropa bastante importante de infantería apoyada por varios cañones. Replegáronse á toda prisa. Luzy recibió las órdenes de Niel, que dispuso avanzar y apoderarse de Medole. Dos batallones de infantería y algunos escuadrones de caballería defendían las cercanías del pueblo. Después de un corto combate, éste cayó en poder de los nuestros. Pero en el llano, más allá de Guidizzolo, varios cuerpos de ejército austriacos vivaqueaban, el noveno y el tercero juntos y el onceavo muy atrás; fuerzas imponentes que presagiaban á la columna de Niel, la más aventurada de todas, una ruda y ardiente jornada.

Mac Mahón, que con el segundo cuerpo había levantado á la misma hora que Niel su campo delante de Castiglione, también había encontrado á los austriacos. Después de haber andado tranquilamente unos cinco kilómetros por la hermosa y ancha carretera de Mantua, y cuando sus descubiertas llegaban á una casa de campo situada en el cruce de un camino y conocida con el nombre de Casa Morino, había sido atacado por los cazadores enemigos. Mac Mahón suspendió su marcha y subió luego al Monte Medolano, pequeño promontorio inmediato á la carretera y que domina el llano. Delante de él, en las alturas de Cavriana, se desplegaban largas filas austriacas. A la derecha, entre Carpenedolo y Medolo, todo permanecía aún en silencio; después de larga espera distinguió la cabeza de la columna Niel y oyó luego por la parte de Medole el tiroteo, señal del combate que acababa de empezar. Otro espectáculo llamó poderosamente la atención de Mac Mahón. A su izquierda y un poco hacia atrás, al pie y en las vertientes de las colinas, vió destacamentos franceses que aparecían, desaparecían y volvían á aparecer, tiroteando con el enemigo y cuyo fuego crecía por momentos en intensidad.

Eran las tropas de Baraguey de Hilliers. El comandante del primer cuerpo no había sido sorprendido, al menos tanto como sus colegas, pues desde la víspera había previsto la eventualidad de una lucha y dispuesto para el caso la marcha de sus lugartenientes. Al amanecer salió de Esenta hacia Solferino. Una de sus divisiones, la de Forey, tomó el camino que contornea las laderas; la otra, la de Ladmiraull, siguió la ruta de las alturas. La tercera división, la de Bazaine, que no había de partir hasta las seis, acababa de levantar sus tiendas. Al ladear las colinas, Forey fué atacado por el flanco izquierdo. Desalojó al enemigo, aunque no sin algunas bajas, del monte Rosso, de varias aldeas, tales como Grole y Fontana, y, finalmente, del monte Fenile; estos eran los combates que Mac Mahón pudo observar desde el llano y de los cuales vió confusamente algunos episodios. En cuanto á Ladmiraull, apenas hubo llegado á las alturas cuando se presentó á su vista, á unos cuatro kilómetros de distancia, el pueblo de Solferino con su cementerio, su iglesia, su castillo á la izquierda,

su colina de cipreses á la derecha y en el centro la famosa torre, la *Spia d'Italia*. Todas aquellas posiciones estaban fuertemente ocupadas por los austriacos y provistas sobre todo de una formidable artillería, dispuesta á vomitar la muerte contra todo el que tratase de atacarlas.

Al extremo Norte del campo de batalla, en las riberas del lago de Guardia y en las colinas que bajan hacia ellas, el encuentro es el mismo. A las cinco de la mañana, los piemonteses, establecidos delante de Lonato y de Rivoltella, habían empezado á lanzar importantes reconocimientos hacia Pozzolengo, y todos los cuerpos sardos acababan de tropezar sucesivamente con las patrullas austriacas que ocupaban el pueblo y la Madonna della Scoperta, á gran distancia delante de Pozzolengo. Detrás de este pueblo se hallaba reunido todo el octavo cuerpo, bastante compacto, bastante numeroso para rechazar todos los ataques, y que había de rechazarlos, en efecto, bajo el mando del general Benedeck.

Eran las siete y media de la mañana. Desde las riberas del lago hasta los cortijos de Medole, es decir, en una extensión de más de diez y seis kilómetros, la acción se hallaba empeñada. Cualquiera que hubiese dominado aquel vasto espacio animado por el creciente estruendo de la guerra, hubiera adivinado, ó conjeturado al menos, tres batallas casi distintas: á la izquierda, la de los sardos en San Martino y en la Madonna della Scoperta, hacia Pozzolengo; en el centro, la de nuestro primer cuerpo que iniciaba la marcha hacia Solferino; y á la derecha, la de Niel que desembocaba de Medole conquistada y avanzaba al ataque de las granjas ó de las aldeas diseminadas por el llano. Entre Baraguey de Hilliers y Niel, Mac Mahón, establecido en la carretera de Mantua, procuraba dar la mano á uno y otro y mantener las comunicaciones que el enemigo había de tratar pronto de cortar. Muy atrás se encontraba, finalmente, el general Canrobert.

Estas perspectivas, fáciles de abarcar después de los acontecimientos, no se presentaron con la misma claridad á los jefes llamados á dirigir y disciplinar la gran refriega. Sobre toda la línea, bien formada para una acción general, no se oía más que el ruido confuso de la fusilería y del cañoneo. A la derecha, los morerales y los numerosos grupos de otros árboles disimulaban los movimientos de las tropas al extremo de ocultarlos enteramente. En el centro se adivinaba una serie de combates de que era objeto cada colina, cada promontorio, cada maorrall. De las lejanas posiciones del ejército sardo, el ruido de las detonaciones llegaba muy amortiguado; pero con anteojos se veía á los *bersaglieri* trepar por viñedos y malezas. Un hermoso sol de julio disipaba las brumas matutinas que flotaban sobre el lago de Guardia y ponía de relieve hasta los más mínimos detalles de aquella vasta campiña.

El emperador se encontraba en Montechiaro. Aquella misma mañana se celebraban en la iglesia del pueblo los funerales de uno de sus ayudantes, el general Cotte, fallecido repentinamente la antevíspera. En el momento de empezar la ceremonia, se tuvo noticia de las hostilidades. Activóse el fúnebre rezo, y antes de que el pobre cadáver hubiese bajado á la fosa, cada cual montó á caballo y corrió adonde el deber le llamaba.

Napoleón cuidó desde luego de acercarse al teatro de las operaciones la artillería y la caballería de la guardia, que quedaban muy atrás en Castenedolo, y partió para Castiglione, donde llegó antes de las ocho. En el pueblo circulaban toda clase de noticias contradictorias, y de la sorpresa nacía alguna confusión. Al apearse el monarca, numerosos ayudantes, procedentes de todas partes, se agolparon hacia él para recibir ó llevar informes y sobre todo para pedir auxilios. El emperador subió al castillo. A pesar de los múltiples encuentros, varios individuos del cortejo imperial no querían creer que el enemigo hubiese pasado en masa el Mincio. Napoleón no compartió un solo instante aquella obstinada ilusión. No habiendo previsto la lucha, el emperador tomó al menos las medidas oportunas para asegurar la victoria.

Una rápida excursión por la carretera de Mantua, donde encontró á Mac Mahón, y á las cercanías de Castiglione, donde se puso de acuerdo con Baraguey de Hilliers, le dió á comprender muy pronto dónde se decidiría la suerte de la batalla. Entre las vertientes próximas al lago de Guardia, en que luchaban los piemonteses, y la llanura de Medole, en que combatía Niel, se alzaba, rodeada de colinas, la escarpadura que sostenía la torre de Solferino. Esta posición iba á ser la más difícil de tomar. Pero, si se tomaba, los austriacos, arrollados por el centro, se verían obligados á replegar sus alas hacia atrás; y este resultado sería sobre todo seguro si nuestro movimiento ofensivo continuaba desde Solferino hasta Cavriana. El mejor medio de asegurar la victoria á nuestra derecha y á nuestra izquierda sería obtenerla en el centro. A este fin, el emperador ordenó á Mac Mahón que se uniese estrechamente al primer cuerpo sin separarse del cuarto, y que marchase sobre Cavriana después de la toma de Solferino. También dió al general piemontés Fanti la orden de combinar su acción con la del primer cuerpo, orden que no pudo ser ejecutada á causa de las dificultades con que tropezaron los sardos aquel día. A pesar de ser tan temprano, el emperador no vaciló en ordenar que sus reservas avanzasen. Cuando las primeras columnas de la infantería de la guardia, procedentes de Montechiaro, llegaban cerca de Castiglione, el monarca les transmitió el aviso de que activasen su marcha y tomasen por objetivo, por objetivo único, las alturas en que luchaban los batallones de Baraguey de Hilliers.

La urgencia del peligro justificaba aquella solicitud. Los progresos del primer cuerpo eran lentos y obtenidos todos á costa de sangre. A la derecha, Forey, después de haber tomado el monte Fenile, lo artilló. Protegido por las baterías, la infantería trató de ocupar las colinas que la separaban de Solferino. Pero el enemigo se encarnizó en la defensa y el terreno conquistado paso á paso quedaba cubierto de cadáveres. Entonces fué cuando cayó mortalmente herido el general Dieu, que entregó al coronel Cambriels el mando de su brigada. A la izquierda, Ladmirault, que había seguido el camino de las alturas, encontró iguales obstáculos. Herido, siguió combatiendo hasta que una segunda herida le alejó definitivamente del campo de batalla. Por fortuna llegó Bazaine con el primer regimiento de zuavos, y tras él llegaron el 34.º y el 37.º de línea. Gracias á estos refuerzos, acentuóse la ofensiva. Al abrigo de los muros aspilleros del cementerio, los austriacos dirigían sobre

los nuestros un fuego mortífero, al mismo tiempo que sus piezas de artillería, instaladas sobre la colina de los Cipreses, ponían filas enteras fuera de combate. Baraguey de Hilliers mandó derribar los muros á cañonazos: por su parte la artillería del general Forey se esforzaba en destruir las piezas enemigas. Así se preparaba, en medio de alternativas de toda clase, el asalto de aquella torre de Solferino, que tan pronto se ocultaba en el humo de la pólvora, como se perfilaba como una amenaza en la deslumbradora luz del sol próximo al mediodía.

Era, en efecto, una amenaza. La lentitud de nuestra marcha inspiraba el gran temor de que nuestras alas fuesen arrolladas antes de que el ataque del centro hubiese triunfado.

A la izquierda, todos los esfuerzos de los piemonteses habían sido rechazados. No habían conquistado la Madonna della Scoperta sino para perderla en seguida y retroceder hasta Fenile Vecchio. Para colmo de desgracia, los austriacos, con Benedeck, se habían apoderado de la meseta de San Martino, armando sus granjas y estableciendo en ella su artillería. En vano procuraban los sardos arrojarlos de aquella posición: los batallones de la brigada Coni se vieron reducidos á replegarse detrás del ferrocarril, y habiendo renovado más tarde la misma tentativa, la división Cucchiari tuvo que batirse en retirada, después de pérdidas considerables, hasta Rivoltella.

A la derecha, la fortuna, sin ser tan desfavorable, parecía indecisa. Allí, en la llanura, combatía Niel, siendo casi solo en librar la batalla. Después de haber ocupado Medole, el general Luzy había avanzado hacia Rebecco, que había sido tomado, abandonado y reconquistado. Un poco más tarde, la división Vinoy llegó y tropezó con los austriacos atrincherados al Norte de Rebecco, en la casa y dependencias de un cortijo llamado Casa Nuova. En torno de este cortijo se había entablado una lucha que había de durar casi todo el día con singulares alternativas de encarnizamiento y de calma. Cerca de las diez habían acudido los primeros destacamentos de la división de Faily, la cual, después de haber dejado una de sus brigadas en Medole, había avanzado con la otra hacia la aldea de Baite, entre Casa Nuova y Rebecco, á fin de unir los batallones de Luzy con los de Vinoy. A pesar de la concentración casi completa de su cuerpo de ejército, la situación de Niel era muy precaria. Todo eran peligros para él. Se le acumulaban delante las masas austriacas: luchaba desde por la mañana temprano con el noveno cuerpo, y el tercero iba á entrar en línea de combate. A su izquierda le amenazaba otro peligro. Entre él y Mac Mahón se extendía una larga solución de continuidad. El peligro no se conjuró en parte hasta que las divisiones de caballería de Partourneaux y Desvaux hubieron llenado el intervalo entre los dos cuerpos de ejército; y aun era de temer que el vacío volviese á formarse si Mac Mahón, siguiendo los movimientos del primer cuerpo, oblicuase hacia Solferino y Cavriana. Amenazado por su frente y por su izquierda, Niel temía también por su derecha, pues si las fuerzas austriacas continuaban aumentando, era de temer que la envolviesen por la carretera de Ceresara.

En tales circunstancias, un solo general podía no sólo evitar toda desgracia á nuestra ala derecha, sino faci-

litarle rápidamente la victoria; este general era Canrobert. Pero los regimientos de Canrobert no parecían. Una sola de sus brigadas, la brigada Jannin, de la división Renault, había pasado de Medole.

Explicaremos aquí las circunstancias que en aquella jornada paralizaron ó hicieron incompleta la intervención del tercer cuerpo.

Este marchaba el último de todos, por consiguiente era natural su retraso. En la noche del 23 aún se encontraba en Mezzana, en la ribera derecha del Chiesa; la brigada Jannin era la única que había pasado el río.



Bazaine

El 24, á las tres de la madrugada, la división Renault levantó el campo y se puso en marcha; la división Trochu hizo lo mismo á las cuatro, y la división Bourbaki á las cinco y media. Pero desde luego fué necesario pasar el río, operación siempre larga, aunque ningún incidente la complique. El albergue de la etapa (en la orden de marcha no se hablaba de combate) era Medole, que por la carretera distaba más de veinte kilómetros de Visano. Como la brigada Jannin no tuvo que pasar el Chiesa, se adelantó mucho: á las seis y media se encontraba en Acqua-Fredda, á las ocho en Castel Goffredo y á las nueve y media en Medole. Desde Acqua-Fredda había oído el estruendo del cañón; en Castel Goffredo vió huir delante de ella algunos pelotones de caballería austriaca; cuando llegó á Medole, la intensidad de las detonaciones no permitió dudar: se estaba librando una gran batalla. Al ruido lejano del combate, Canrobert se había adelantado al grueso de su cuerpo de ejército. Al llegar á Medole, recibió una serie de noticias ú órdenes muy propias para turbar su alma más heroica que resuelta.

El primer aviso se lo envió el general Luzy, que en aquel momento libraba sus primeros combates en Rebecco. El general solicitaba respetuosamente un refuerzo que protegiese su derecha por la parte de la carretera de Ceresara. Quizá iba á ser copado si no acudían

en su auxilio, y rogaba que no le abandonasen. En esto, llegó á galope tendido un ayudante del emperador, el Sr. de Kleinenberg, que había estado buscando largo tiempo al general sin encontrarlo. Era portador de una carta de un habitante de Assola, enviada la víspera al cuartel general, anunciando la proximidad de un cuerpo de 20 á 25.000 austriacos, salidos de Mantua por la carretera de Marcaria hacia Acqua Negra. Iba unida al mensaje una nota del emperador encargando á Canrobert que vigilase bien aquella dirección. En esto, llegó otro ayudante, el capitán Clermont-Tonnerre, que transmitió al mariscal, de parte de Napoleón III, la orden verbal de apoyar la derecha del cuarto cuerpo (1).

Tan diversas instrucciones hubiesen puesto en gran apuro á un espíritu menos indeciso que el de Canrobert. Lo más sencillo hubiera sido lanzar en seguida una fuerte avanzada hacia el Sur, es decir, más allá de Castel Goffredo y hacia Acqua Negra. De este modo se hubiera sabido que por aquella parte no había ningún cuerpo enemigo bastante próximo á nosotros para amenazar nuestra extrema derecha é influir en la suerte de la jornada. Efectivamente, había salido de Mantua una división, la división Fellachich, del segundo cuerpo; pero se había detenido en Marcaria, temiendo, al parecer, la llegada del príncipe Napoleón procedente de la Italia central y sobre todo á la división Autemare, acampada en Piedena. Libre por aquel lado, Canrobert hubiera podido volar al auxilio de Niel, decidir la victoria y apropiarse el honor de la misma. Pero semejante reconocimiento hubiera exigido una caballería numerosa y ágil, y la división de caballería del tercer cuerpo había sido destacada de él dos días antes para otro destino, de modo que el mariscal no disponía más que de algunos pelotones. Reducido á los informes de los habitantes del país y á sus propias conjeturas, Canrobert procuró conciliar lo mejor posible las órdenes imperiales. Hallándose aún entre Visano y Medole la segunda y tercera divisiones, el mariscal les prescribió que vigilasen su extrema derecha y la dirección de Marcaria. En cuanto á la división Renault, la destinó á reforzar el cuarto cuerpo, pero no la empleó sino mediante órdenes sucesivas, con una timidez ansiosa y con los ojos vueltos siempre hacia el Sur. Empezó por enviar á la carretera de Ceresara, para apoyar la derecha de Luzy, el 41.º de línea; una hora después llegó el 56.º, pero éste tomó una especie de posición con el doble objeto de apoyar la derecha del cuarto cuerpo y hacer frente á Castel Goffredo para observar al supuesto enemigo anunciado por la parte de Marcaria. Niel acogió con más despecho que gratitud estos refuerzos incompletos: contaba ansiosamente las horas, calculaba las distancias, y sobre todo se representaba las ventajas que un auxilio menos parsimonioso le hubiera asegurado.

Por escasa que fuese la ayuda, conjuró uno de los peligros del cuarto cuerpo, el de ser envuelto por la derecha. Fortalecido por las nuevas tropas, el general Luzy volvió á tomar la ofensiva, y después de varias alternativas de ventaja y pérdida, Rebecco, tantas veces tomado y abandonado después, nos perteneció definitiva-

(1) Véase *Historique du 3.º corps*, por el comandante Clémeur, página 128.

mente. En el centro la brigada O'Farrell, de la división Faily, ocupaba sólidamente la aldea de Baita. A la izquierda la división Vinoy rechazó la infantería austriaca por la carretera de Guidizzolo y conquistó la Casa Nuova, que fué en seguida fortificada y vino á ser un centro de resistencia contra las vueltas del enemigo. Rebecco, Baita y Casa Nuova eran como los puntos principales de la línea que ocupaba el general Niel. En esto desembocó de Guidizzolo el onceavo cuerpo austriaco, que lanzó dos de sus brigadas sobre la Casa Nuova y otras dos sobre Rebecco. Afortunadamente la división Renault acababa de entrar en línea. Además, Canrobert, algo tranquilo por la parte de Mantua, se decidió, entre doce y una de la tarde, á llamar á una de las brigadas de la división Trochu; pero Trochu se encontraba aún mucho más allá de Medole y había de transcurrir mucho tiempo antes de que pudiese llegar; sin embargo, la esperanza de un auxilio, aunque remoto, levantó los ánimos, y nuestros combatientes se sostuvieron con firmeza, á pesar del cansancio que empezaban á sentir los más resueltos.

Por importantes que fuesen estos valerosos esfuerzos, era en Solferino donde se resolvía en aquel momento la acción principal, lo que había de salvarlo ó perderlo todo.

El emperador se había situado en el monte Fenile. Deseoso de precipitar el desenlace, había dado á la brigada Altón la orden de abordar Solferino por las alturas al Sur del pueblo; pero este ataque, detenido por fuerzas superiores, no había conducido sino á un gran descalabro y á una inmensa efusión de sangre. La división Camou, de la guardia imperial, llamada de Montechiaro, acababa de entrar en línea. Napoleón hizo avanzar el primero y el segundo de cazadores montados y los cazadores de infantería, es decir, toda la brigada Maneque. Este refuerzo enviado oportunamente permitió librar la acción decisiva.

El general Maneque mandó á sus hombres que se desembarazasen de sus mochilas, echó mano de cuatro batallones, adelantóse á la brigada Altón muy castigada, arrojó á los austriacos del monte Pellegrino, los desalojó de las alturas vecinas y envolvió el pueblo de Solferino. Algunos de aquellos intrépidos cazadores hasta se aventuraron en las calles de la población, hicieron varios prisioneros, tomaron una bandera y conquistaron cierto número de cañones.

Al mismo tiempo el general Forey, con su primera brigada y dos batallones que le había cedido el general Maneque, volvió á tomar vigorosamente la ofensiva. Delante de él se extendía la colina de los Cipreses; la artillería, precipitando su tiro, acabó de preparar el ataque, y con gran arrojó las columnas llegaron al pie de la colina, subieron rápidamente la ladera y coronaron la cúspide.

A la izquierda, la fortuna, tan largo tiempo indecisa, acaba por coronar también nuestros esfuerzos. El décimo batallón de cazadores de infantería y el 78.º de línea, sostenidos por el resto de la tercera división, atacaron el cementerio, cuyos muros había destruído en parte la artillería; siguiéronles varios destacamentos de diversos cuerpos concentrados rápidamente al toque de carga. Lanzáronse todos juntos por las brechas como al asalto de una población. Fué, en efecto, un verdadero



NAPOLEÓN III EN SOLFERINO
Cuadro de J. L. E. Meissonnier. (Museo de Luxemburgo)